

Utopía

Toda utopía responde a una proyección humana de un mundo ideal. Unas veces como idea puramente nostálgica de una pretendida edad dorada y otras como motor que impulsa realmente la sociedad en determinados aspectos. Los paraísos terrenales, el jardín de Gilgamesh o la isla de la *Historia Sagrada* de Euhemerus y los mitos de Hesíodo son anteriores a nuestra era.

Si nos limitamos a antecedentes clásicos más directamente relacionados con Moro tendremos que nombrar a Diodoro Sículo, a Plinio o a Luciano. Séneca presenta analogías incluso en su conflicto personal con el poder. Pero sin duda la fuente directa e indiscutible de *Utopía* es la *República* de Platón, con la que existen muchos puntos de contacto, aunque la isla de Moro esté basada en un sistema patriarcal y democrático.

El descubrimiento de América, por otro lado, espeleaba la imaginación y proporcionaba un campo de experimentación utópica en el Nuevo Mundo. Y más tarde el socialismo utópico, teoría y ensayos concretos, y la literatura en el plano artístico, perpetuarán una presencia que llega hasta nuestros días. *Brave new world*, de Huxley, *Acte de violència*, de Pedrolo, o *Fahrenheit 451*, de Bradbury, son en uno u otro aspecto utopías o antiu-

topías. Pero eso nos llevaría más lejos de lo que permite la brevedad de estas páginas. Ciñámonos a la *Utopía* de Moro.

Composición y sinopsis

Erasmus, en una carta a Ulrich von Hutten escrita en 1519, afirma que el LIBRO I de *Utopía* fue escrito en Inglaterra después del LIBRO II, escrito en Flandes. La noticia es cierta con matices. Parece que el esquema siguiente se acercaría más a la verdad:

— Flandes: *Libro I. Introducción.*

Libro II. Discurso sobre Utopía.

— En Londres: *Libro I. Diálogos.*

Libro II. Conclusión (cuarta parte final).

En efecto, sin la introducción no sabríamos quién habla en el LIBRO II —únicamente al final aparece Rafael, citado por el nombre de pila—, ni la composición del auditorio, ni por qué Rafael conoce *Utopía*, ni de qué cuarto viaje se habla. Además, al principio de los diálogos del LIBRO I se nos dice que va a hablar de los «modos, costumbres, leyes y ordenamientos de los utopienses». Lo que sigue es un añadido que forma la parte del libro redactada en Inglaterra y, ciertamente, el tema afectaba a Moro, a quien Wolsey, y el propio Enrique VIII, habían

ofrecido entrar al servicio del rey. Por otra parte la conclusión del libro alude a la impaciencia de Hithloday ante los que siempre encuentran defectos en lo que dicen los demás, lo que induce a creer que fue escrita también en Inglaterra.

Así, pues, en los Países Bajos habría escrito casi todo el LIBRO II, con un prefacio que en la redacción definitiva pasó al LIBRO I. El discurso no siempre es sistemático, pero el esquema presentaba una obra unitaria que puede resumirse así:

Tomás Moro a Peter Giles: Moro lamenta la tardanza en enviar la obra, inexcusable si se considera que sólo debía transcribir lo que oyó contar a Hithloday, pero disculpable por sus muchas ocupaciones profesionales, familiares y sociales. Ruega a Peter Giles que le aclare algunos datos sobre Utopía que le permitirán publicar la obra con corrección, si Hithloday no tiene inconveniente y la incultura y prejuicios de los lectores no le desaniman.

LIBRO PRIMERO:

Con ocasión de la estancia de Moro en Flandes, va a Amberes donde su amigo Peter Giles le habla del interesante viajero y filósofo Rafael Hithloday, quien acompañó a Vespucio en sus viajes. Tras habérselo presentado, se dirigen a casa de Moro, donde Hithloday les cuenta sus aventuras. Después de separarse de Vespucio había

encontrado tierras y prácticas nuevas que los europeos deberían considerar. A la vista de su experiencia, Moro y Giles le aconsejan que entre al servicio de algún rey con el consiguiente provecho para su familia, para sí mismo y para la república. Hithloday replica que ya ha repartido sus bienes entre sus familiares, personalmente sólo perdería su libertad y los reyes de los estados europeos no le escucharían porque se preocupan más de la guerra, los consejeros están celosos de su influencia y hay muchos prejuicios. Así lo ha visto incluso en Inglaterra, donde Hithloday discutió sobre la pena de muerte aplicada a los ladrones, cuando estuvo en casa del cardenal Morton, defendiendo la teoría de la desproporción del castigo. La extrema necesidad impulsa a robar, ha de ser corregida por la justicia y la mejor corrección consiste en proporcionar medios suficientes, medios que no tienen los veteranos ni los mutilados de guerra ni los criados despedidos. El reino está sumido en la pobreza a causa de las guerras y de la innecesaria utilización de mercenarios, de la oligarquía ganadera sin escrúpulos que medra a costa de la agricultura y de la industria y de los «bienes de consumo» superfluos y corruptores. La pobreza engendra el robo, y ambos se solucionarán cuando desaparezcan las causas. Un comensal se opone retóricamente a Hithloday, el cardenal Morton le interrumpe y pregunta si la clemencia no será un acicate para los ladrones y qué castigo debiera dárselos. Hithloday opina que la pena de muerte no es equitativa e incita al asesinato como muestran la historia y la experiencia. Hay casti-

gos más proporcionados, como los trabajos forzados y servicios públicos tal como se usaba entre los romanos y los polileritas. El cardenal Morton estaría de acuerdo en ensayar tal solución —y con él los invitados que antes no lo estaban con Hithloday— e incluso la aplicaría a los vagabundos. Un asistente pregunta cuál es la disposición para los ancianos y mendigos y para los frailes, a lo cual un gracioso responde que los primeros podrían ser repartidos entre los monasterios y los frailes están comprendidos en el apartado de los vagabundos mencionado por el cardenal. Furor de un teólogo asistente, con intercambio de pullas y citas. El diálogo demuestra, según Hithloday, los prejuicios, la adulación de los cortesanos y la inutilidad de entrar al servicio de los reyes. Moro insiste en el papel a jugar por los filósofos, que no pueden abdicar de sus deberes. Hithloday replica que éstos ya han cumplido su misión con sus escritos, y son los gobernantes los que han de aprender la lección, cosa que no ocurre. Sólo tratan de enriquecerse, conquistar tierras y satisfacer sus egoísmos con la ayuda de sus consejeros que les proporcionan artilugios legales y políticos para sus fines. Moro aconseja actuar en una realista medida de lo posible sin entelequias. Hithloday objeta que el juego político obliga al filósofo a compromisos innobles. Su participación, para ser realmente efectiva, exige una base justa como la que ha visto en otros países y que es imposible en un régimen de propiedad privada repartida desigual e injustamente. Moro duda que se trabaje sin el estímulo de la ganancia personal y piensa que el respeto es difícil en un estado

igualitario. Hithloday dice que la respuesta se halla en Utopía, país que ha visitado y sobre el cual se dispone a hablar.

LIBRO SEGUNDO:

I. *Descripción de la isla*

Marco geográfico y estratégico adecuado tanto natural como técnicamente. Planificación administrativa. Cincuenta y cuatro ciudades. Capitalidad central. Distritos equilibrados. Factorías agrícolas y ganaderas explotadas por turno por grupos patriarcales de cuarenta individuos como máximo. Cada treinta grupos dependen de un prefecto. Cada año se relevan los equipos por mitad para mantener la eficacia productiva y la participación común de todos los utopienses en las tareas del campo. Incubación artificial. Pocos caballos y uso prioritario del buey. Cultivo de cereales para pan. Vino y sidra. Ayuda al exterior. Intercambio de servicios y productos entre campo y ciudad.

II. *De las ciudades y principalmente de Amaurota*

Ciudades semejantes. Amaurota, la capital, puede servir de ejemplo. Planta casi cuadrada al lado del río principal. Otro río secundario y varias cisternas abastecen de agua a la ciudad. Urbanismo racional, previsor e igualitario. No existe propiedad privada y los ciudadanos cambian de casa cada diez años. Jardines y huertas. A lo largo de la historia se han perfeccionado las casas y los materiales de construcción.

III. *Magistrados*

Cada treinta familias eligen un magistrado o Sifogrante. Cada diez sifograntías dependen de un Traniboro reelegible anualmente. Los doscientos sifograntes eligen un príncipe vitalicio —que puede ser depuesto por tirano— entre cuatro candidatos propuestos por el pueblo. Renovación anual de los restantes magistrados. Cada tres días se reúne reglamentariamente el Consejo, compuesto por el príncipe y los traniboros, al que asisten también dos sifograntés, distintos en cada sesión. Acuerdos reflexivos y representativos.

IV. *Ocupaciones*

Aparte de la agricultura, común a todos los hombres y mujeres, todos pueden elegir uno o dos oficios más, de acuerdo con sus aficiones, aptitudes y necesidades de la ciudad. Las profesiones básicas son las de tejedor, albañil, herrero y carpintero. Los hombres se reservan los trabajos más pesados y las mujeres se dedican sobre todo a tejer. Los vestidos, confeccionados según un tipo único aunque con diferencias para cada sexo y estado, son duraderos, sencillos y prácticos. Jornada laboral de seis horas, suficientes porque todos trabajan. Ocho horas dedicadas al sueño. Las diez restantes, aparte de las comidas, son empleadas en diversas actividades que tienden al desarrollo de la libertad y al cultivo de la inteligencia: dedicación a las letras —obligatoria para los especialistas—, música, conversación y juegos instructivos. Exención de trabajo manual para los sifograntés que actúan como superviso-

res y se dedican al estudio. Entre ellos se elige a sacerdotes, traniboros y al mismo príncipe. Constituyen un grupo reducido y no restringido a una clase más que por la aptitud. Posibilidad de promoción. Son previsores, económicos y libres de la servidumbre de un trabajo excesivo.

V. *Vida y relaciones mutuas*

El grupo familiar tiene un número limitado de componentes. Los que sobran se mandan a otras familias, a otras ciudades o a otros países donde establecen colonias en colaboración con los nativos, en tierras inexploradas a cuya utilización opinan que tienen derecho. La oposición sería motivo de guerra. Si hubiera despoblación en Utopía, regresarían. Sistema patriarcal. En los almacenes de la ciudad se entregan los frutos del trabajo y se obtienen los productos necesarios, todo ello libremente. No existe el acaparamiento, que sólo es fruto del temor, pues en Utopía todos tienen lo necesario. Mata-deros apartados para evitar la visión de la muerte y las infecciones. Centros de barrio. Hospitales públicos apartados donde los enfermos reciben un trato preferente. Comedores públicos. Servicios especiales para madres y niños. Planificación exhaustiva de las comidas, selectas y amenizadas por la conversación, la música y el ambiente.

VI. *Viajes*

Obligatoriedad del permiso para viajar. Ausencia de vicios. Distribución igualitaria de bienes. Exportan el excedente

de producción, una parte del cual es para los pobres de otros países. Importan hierro y metales preciosos. La reserva del Tesoro es utilizada en préstamos a otros países o para gastos de una posible guerra. Se fomenta el desprecio por las riquezas. Desarrollo de la ciencia, la técnica y los estudios prácticos y teóricos. Religión compatible con la razón. Moral hedonista. Vida acorde con la naturaleza y el interés común, que no excluye el particular. Sigue una amplia exposición sobre la doctrina del placer: no debe aparejar el dolor ni ser vano ni impedir un placer mayor. Valoración del cuerpo y rechazo de la mortificación inútil. Interés por los clásicos griegos, por la medicina y por la fabricación e impresión del papel, que les ha dado a conocer Hithloday.

VII. *Esclavos, enfermos, matrimonio, etc.*

La esclavitud sólo se practica como castigo de delitos y es redimible. Servidumbre voluntaria de pobres de otros países. Práctica de la eutanasia para los incurables. Matrimonio posterior a los dieciocho años para las mujeres y a los veintidós para los varones. Severos castigos para toda relación sexual fuera del matrimonio. Inspección prematrimonial mutua. Posibilidad de divorcio si está justificado. Respeto a los bufones y deformes y aprecio a la belleza y la virtud. La justicia ha de castigar y premiar. Valoración de la humildad y trato igualitario entre magistrados y pueblo llano. Reducción de leyes y abogados. Estiman el vínculo natural entre los pueblos más que los tratados, fácilmente incumplidos en otras tierras.

VIII. *Arte militar*

Abominan de la guerra y de sus honores. Pero hombres y mujeres se preparan para casos inevitables: defensa de fronteras y ayuda a los oprimidos. Prefieren comprar y enfrentar a sus enemigos que el combate abierto, al que los soldados enemigos van obligados. Uso de mercenarios para evitar daño a sus ciudadanos. Organización del ejército. Alistamiento voluntario para las guerras exteriores. Previsiones para los supervivientes. Tácticas de combate que rehúyen la destrucción y la victoria cruenta. Administración racional de las ganancias. Evitan la guerra en territorio propio.

IX. *Religión utopiense*

Pluralidad con tendencia a la unidad. Simpatía por el cristianismo, predicado por Hithloday y sus compañeros. Tolerancia y respeto religiosos y condena de la violencia por estos motivos. Absurdo de las conversiones forzosas. Creencia en una vida ultraterrena. Educación para la serenidad ante la muerte. Desprecio de augurios, presencia de los muertos y respeto por los milagros. Culto naturalista. Valor del sacrificio, del celibato y del matrimonio. Pocos sacerdotes, de ambos sexos y elegidos por el pueblo. Se dedican a la enseñanza, son pacifistas y sirven de mediadores en las guerras y conflictos. Días festivos. Templos «ecuménicos». Conciliación familiar antes de las prácticas religiosas, y descripción de las mismas. Respeto a la religiosidad popular. Afición a la música. Humil-

dad alejada de todo dogmatismo. Contraste con otros países donde se legaliza la injusticia y la codicia. Tomás Moro acaba la obra considerando algunos reparos a detalles e ideas sobre tal comunidad, pero reconociendo la bondad de muchas de ellas y expresando más deseo que confianza de su implantación en Europa.

* * *

Mencionar la obra que estudiamos por sólo una parte de su título es cómodo, pero puede resultar equívoco para el lector actual por la carga semántica que ha ido adquiriendo la palabra «utopía».

El título original expresaba la pretensión básica de hablar de *optimo reipublicae statu*, ejemplificada en las cuatro partes que podemos distinguir en el LIBRO II:

- a) situación geográfica y político-económico-social,
- b) filosofía y educación,
- c) guerra, religión y cuestiones diversas y
- d) conclusiones de Hithloday y Moro.

La primera parte completa el cuadro al criticar la sociedad europea. Sólo en este contexto surge la pregunta del primer diálogo: ¿qué sentido tiene la participación del filósofo, del intelectual, en las tareas del gobierno? El segundo diálogo, presentado en *flashback* por Hithloday, es una ilustración del primero. No es únicamente un tratado contra la pena de muerte para los ladrones, sino el análisis de las causas que hacen de un hombre un ladrón.

Análisis racional que choca con una legislación represiva que evidencia la injusticia. La alternativa para la sociedad europea, presentada en el LIBRO II, es el comunismo utopiense.²

La exposición queda centrada en Hithloday, a través del cual juzgamos a personas e instituciones. ¿Qué características presenta Utopía? En primer lugar vemos que allí no existe propiedad privada, ni siquiera la de las viviendas. El ciudadano ha optado por la propiedad común y la abolición del dinero, como medios para una sociedad igualitaria distinta a la europea, con la limitación del poder absoluto de los gobernantes y su designación democrática —ampliada incluso a los sacerdotes—. Desde la base se confiere el poder al Estado y a partir de ahí su intervención es total. La base está constituida por el núcleo familiar cuya sujeción al padre es la principal garantía del orden público. Las empresas europeas eran familiares —los Medici, los Welser, los Fugger—. La diferencia estriba en el control por parte del Estado y en el hecho de que en Utopía no existe propiamente el rasgo capitalista del interés por la ganancia, al carecer de dinero y de precios en el sentido económico del término. Solamente con el exterior existen ciertas relaciones económicas (venta de excedentes de producción —en parte ayuda a países o súbditos necesi-

2 He traducido la expresión «*common wealth*» y análogas de la versión inglesa por la palabra («república», utilizada en textos españoles del siglo xvi y posteriores para designar al Estado o «cosa pública», al margen de un determinado tipo de gobierno. Igualmente, aquí, como en la traducción, he preferido «utopiense» para evitar el contenido actual de la palabra «utópico».

tados—, utilización del oro para obtener bienes o servicios...).

El trabajo está perfectamente regulado y valorado, sobre todo el manual y la agricultura. Si en Europa hay tres clases, la militar, la eclesiástica y la laboral (que trabaja para las otras dos y es desdeñada), en Utopía el trabajo es principio igualitario al que todos se someten para recibir los beneficios de la comunidad. Pero es sólo un medio y no se mitifica. La reducción de la jornada laboral a seis horas es posible con el trabajo de todos y permite el enriquecimiento cultural, que no es privilegio de unos pocos ni de un sexo determinado. La mujer aprende, trabaja, va a la guerra, puede ser sacerdote, como el hombre. Tiene limitaciones, ciertamente, que podrían criticarse, pero su dependencia respecto al padre o al marido es propia del patriarcalismo fundamental.

Las leyes son pocas y eficaces. El origen es simplista. El déspota ilustrado que es Utopo ha transformado las instituciones primitivas de manera drástica. En todo caso parece que lo ha hecho en beneficio de todos y no ha utilizado la ley para ponerla al servicio de las ganancias de unos cuantos privilegiados, como Hithloday denuncia en la contrapartida europea. Observamos una falta de libertad personal y de vida privada. La vigilancia, los viajes, la severidad para con las relaciones sexuales ilícitas, que puede llegar a la pena de muerte, no resultan atractivos, aunque debemos considerar la falta de libertad de expresión y de pensamiento en la Inglaterra de los Tudor. Pero no cabe duda que los peligros de totalitarismo aso-

man en múltiples aspectos. Sin embargo, el intento de una legislación social justa, con detalles de organización concreta, y unas leyes penales racionales representan una visión nueva. Lo moderno es el acento sobre las instituciones. No se trata del comunismo primitivo de Platón —reducido— o el de los monasterios —libremente elegido por un grupo—, sino de unas estructuras para todos los ciudadanos.

Otro aspecto «moderno» es el pacifismo y el antimilitarismo, alejado del ideal caballeresco medieval. Si en el LIBRO I encontramos comentarios sobre la diplomacia internacional y la práctica militar en el primer tercio del siglo XVI, la contrapartida utopiense pone de relieve una mentalidad distinta. Claro está que entre los motivos de guerra justa hay aspectos muy discutibles. La intervención en otros países, sea para establecer colonias o para vengar agravios hechos a pueblos aliados, ofrece claros peligros de imperialismo.

Finalmente encontramos una visión humana —que las polémicas reformistas limitarían— de la tolerancia religiosa, basada tanto en la invalidez de una conversión forzada como en una filosofía naturalista de un hedonismo equilibrado que rechaza la superstición y el fanatismo. En los templos utopienses se practica la sobriedad y se busca la unión con lo Absoluto a través de puntos de coincidencia de creencias pluralistas. En último término los utopienses tienen la suficiente humildad para no creer que su religión o su forma de gobierno sean las mejores posibles y dejan una puerta abierta a la revisión.

Moro sabía que la perfección era imposible, que el hombre —como humanista cristiano no podía dejar de tenerlo en cuenta— es pecador. La estampa de unos hombres ideales, de una cocina excelente, niños silenciosos y lecturas morales amenas ambientadas con música y perfumes puede hacernos sospechar cierta ironía. Pero Moro creía que la felicidad podía ser incrementada por unas estructuras que permitieran el desarrollo personal. Son éstas las que determinan que tanto en Europa como en Utopía todos «tengan buenas razones para hacer lo que hacen». Es el entorno —modificable— el que crea una respuesta coherente distinta.

JOAQUIM MALLAFRÈ